

DON RAMON MENENDEZ PIDAL

EL HOMBRE DEL CID

A los noventa y seis años ha ingresado en una clínica de la capital de España, gravemente enfermo a causa de una trombosis cerebral, el más ilustre de los historiadores españoles. A su permanente actualidad como gran figura de la cultura une hoy esa otra, más dramática, de su estado. Miles de telegramas se reciben diariamente de todo el mundo en su casa. Por esta razón, y en respuesta a esa atención que su figura despierta, publicamos una entrevista inédita que mantuvo no hace mucho tiempo con D. Ramón Menéndez Pidal, en su finca de las cercanías de Madrid, Leandro de la Vega.



CONOCI a don Ramón cuando acababa de cumplir noventa y tres años, y tenía plena dedicación a componer el retablo de nuestros viejos «eternos», y que sin embargo podía irse de un momento a otro dejándose aquí la obra, pero llevándose consigo su no tan conocida identificación humana. Don Ramón me dio ocasión a su acceso en San Rafael, en su finca «Las Fuentecillas», situada al pie mismo del Alto de los Leones, donde las tierras se llaman ya Segovia. «Las Fuentecillas», al borde de la carretera, no tiene identificación especial en aquel bosque, y hay forzosamente que preguntar por su dueño para dar con ella. Cuando esto se consigue, el paso es franco. Entre dos pilastras casi derruidas se inicia un camino que profundiza en cien metros el espeso bosque, en uno de cuyos claros se asienta la casa. Una plazoleta espaciosa le sirve de atrio, y por allí correteaban unos chiquillos; en una sombra, casi entre el follaje, un raro artilugio del que hablaremos luego; y, en lo alto, las copas de los árboles rumorosas de viento y pájaros.

Doña Jimena, su hija —ecos del romancero que aquí no dejan de sonar nunca—, salió a recibirme: —Bajará en seguida; ha subido a consultar unos datos. Ah, y menos mal que los tiene aquí...

Supe que los datos podían estar igual en Madrid que en Inglaterra, por ejemplo, y que a don Ramón le daba lo mismo: iba en su busca, y en paz. Hacía que le llevaran en el coche a Madrid, que lo esperaran en la puerta y, en menos de un periquete, ya estaba otra vez camino de San Rafael. Y si estaban más allá de las fronteras, pues no había obstáculo tampoco.

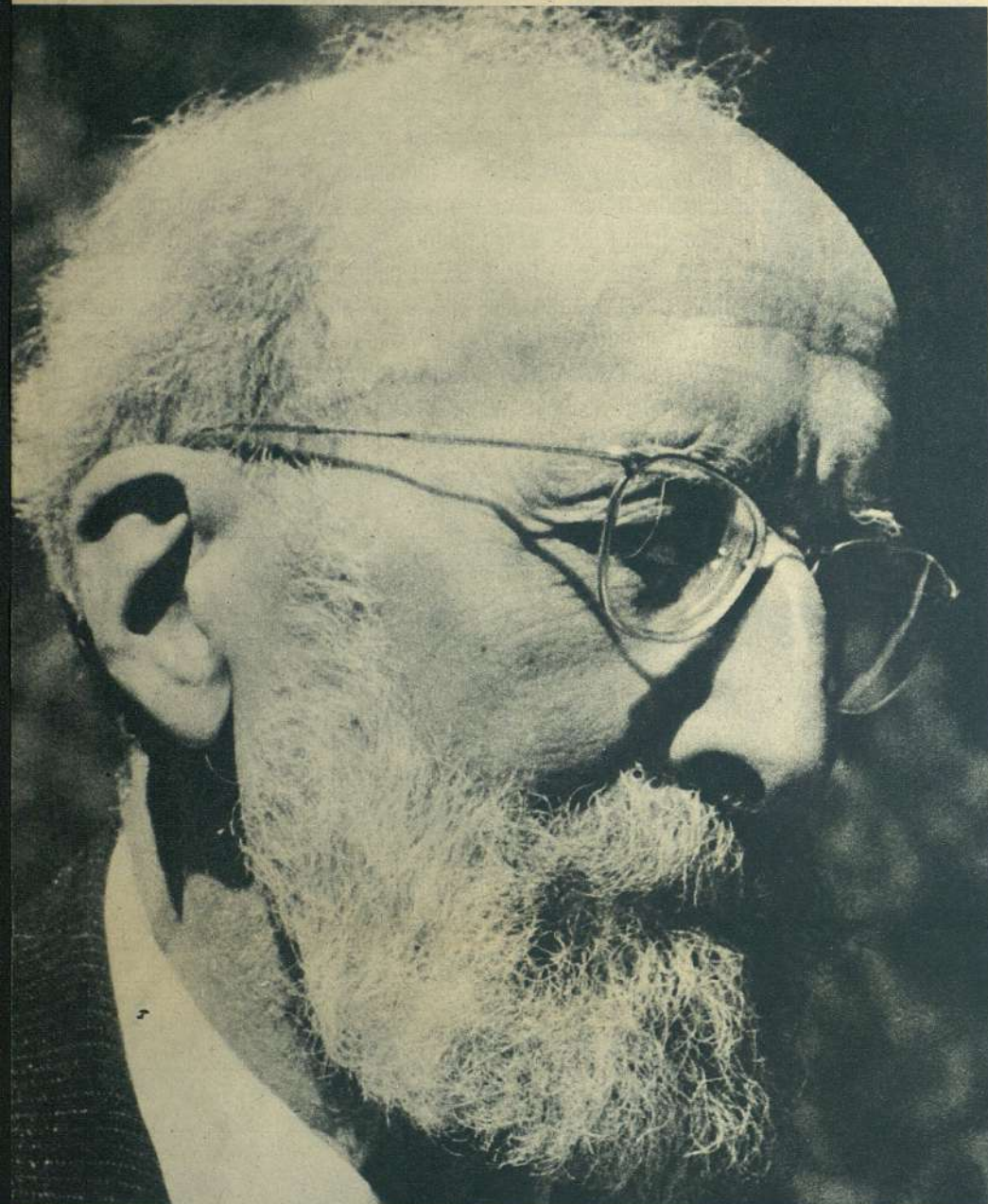
—Sin ir más lejos, pasado mañana sale para Oxford en busca de no sé qué información. Tomará el avión y se vendrá en el primero de vuelta.

—Pero con casi un siglo sobre los huesos... —Nada; primero el dato. Ya ni intentamos convencerle.

Pisaban fuerte en la escalera; tan fuerte y rápido como para denunciar que era un joven quien descendía. Pero no; al fin entró don Ramón. Un don Ramón mínimo físicamente, pero erguido, ágil, animado de extraordinaria viveza al otro lado de las barbas bien cuidadas. Vestía impecablemente, dijéramos que como para ir a su despacho de la Academia, pues no le faltaba la corbata ni el pañuelo asomando en el bolsillo alto de la chaqueta. Sólo desentonaba el calzado: unas botas rudas, de montañero, y claramente ajetreadas.

Estrechó fuertemente mi mano, como un joven vigoroso; pero la negación absoluta de la edad vino cuando le vi sentarse y removerse en el sillón, accionar y cruzarse de piernas. Todo lo hacía con tanta agilidad como podría hacerlo yo mismo. Su voz no es senil; grave y pausada sí, pero, no obstante, sirviendo siempre en punto a la prodigiosa memoria.

Me impresionó su «sondeo». Empezó preguntando él: daba la sensación que quería disipar cierta desconfianza y era rápido en sus preguntas y muy agudo. Más tarde llegué a la conclusión de que a don Ramón lo que le importaba no era la pasada por su fama que habíamos de hacer forzosamente, sino el tiempo y hasta qué punto



El y Azorín constituyen los últimos representantes de la Generación del 98. Don Ramón sigue trabajando, incansable, sobre la Historia de España.

Su actividad es increíble. Se levanta a las seis de la mañana y a las ocho empieza a trabajar. La tarea dura hasta el anochecer. En cualquier momento puede levantarse de la mesa y ordenar que le preparen las maletas para salir, en busca de datos, hacia cualquier biblioteca del mundo.

Con sus nietos, comparte las horas de descanso en "Las Fuentecillas", por el verano.



Durante el buen tiempo trabaja al aire libre en una



su interlocutor podía sostener el tema. Después, apenas abrió la boca porque tras cada pregunta don Ramón me apabullaba con su alcance, con la exactitud y prodigalidad de su memoria y el inquieto ir y venir por el tema. Como en aquel momento me interesaba América, abrí el diálogo por este tema.

—Precisamente, me coge usted con las manos en la masa. Sí, sí, hablemos.

En efecto, corregía su libro «El padre Las Casas» y creo que no quedé rincón por hurgar en figura tan polémica. Ni país de aquellas tierras del que no diera noticia erudita por demás. Pero a mí me interesaba él, y entonces hice un descubrimiento, que aunque luego había de rectificarlo, en posteriores visitas y contactos, entonces me dejó aterrado: don Ramón era su misma obra; su biografía tenía los mismos datos que su obra, y nada —emociones, alegrías, conceptos...— estaba al margen de la obra. Por ejemplo: su primer contacto con América, que data de 1905, ¿qué impresión le produjo, a él precisamente? Esperaba una respuesta emocionada, y la dio. Pero América para don Ramón era...

—Tenía un gran interés para mí, por el romancero. Yo mantenía, y mantengo, el dogma de que allí dondequiera que se hable español, existe la poesía tradicional del romancero cantado por el pueblo.

—Pero, ¿sus impresiones sobre aquellas tierras? —Ah, magníficas. Fui allí nombrado comisario regio para preparar el «Laudo Arbitral» de don Alfonso XIII en la cuestión de límites entre Perú y Ecuador, y recorrí además Chile, Argentina, Colombia... y en todas partes hice triunfar mi teoría: encontré multitud de romances.

El recuerdo de América

Intenté pulsar la fibra sentimental y aludí al idioma, oído allí, en otro mundo como aquel que dice...

—Sí, es muy interesante. Sé que no se fragmentará. No puede ocurrir como con el latín porque hoy no existe el aislamiento entre los pueblos gracias al cine, la radio, la televisión e incluso el auge literario.

—Y, ¿el recuerdo de América?

—Volví después tres veces más. Por cierto que en Chile —1914— me preguntaron qué lengua hablaba Colón. Y de ahí nació mi interés por resolverlo a fondo: averigüé que no sabía escribir el italiano porque el dialecto genovés no se escribe, por eso cuando escribía lo hacía en español. Y en cuanto a hablar, hablaba en español de la época, un poco aportuguesado.

Yo debía volver al día siguiente a San Rafael; teníamos más cosas de qué hablar, pero me hice el propósito de encontrarlo a él. Sería eficaz si adoptaba la fórmula de no traer a colación ningún tema que pudiera derivar hacia la obra. Y lo logré.

No estaba todavía el sol muy alto cuando entré en «Las Puenteillas» y me acerqué a la casa, que luce al frente su potencia rústica en noble granito. En el soportal estaba Jimena, vigilando la pléyade de sus nietos —los bisnietos de don Ramón—, que correteaba entre los pinos.

—Allí le tiene usted.

«Allí» era un fondo lejano del claro entre el

boscaje. Don Ramón escribía a la sombra de un toldillo ingeniosamente dispuesto sobre una mesa de mimbre. Un artillugio sobre el cual el laborioso anciano pasaba sus horas escribiendo de sol a sol prácticamente. Me lo dijo Jimena, asombrada ella misma de la capacidad de trabajo de su padre.

—Es inagotable. Ahora le obligamos a que descanse un poco más. Empieza su tarea a las ocho de la mañana, a pesar de que está despierto desde las seis. A esa hora se pone sobre las cuartillas y no lo deja hasta la de comer, para volver luego y retirarse cuando le obliga la noche. Eso sí: diariamente se da su paseo por ahí, y ya ve usted el paisaje.

Ni un llano altera el paisaje en una legua a la redonda. Su paseo, pues, es a las cumbres; lo que ha hecho siempre, como nos diría él después.

—¿Y cuando se le acaba el trabajo?

—Se vuelve insoportable. Empieza a decir que se aburre, que le come el no hacer nada, y hay que correr a Madrid en busca de nuevo tajo.

—Pero el verano de don Ramón, ¿cómo se entiende entonces?

—Es sólo un pretexto para cambiar de cuarto de trabajo, aunque no de fórmula, ya que en Madrid trabaja las mismas horas.

Voy hacia don Ramón y conforme me aproximó, su estampa es nueva para mi costumbre. Trabaja sin gafas, y sin ellas no parece él, inclinado sobre el artillugio y con la mejilla derecha prácticamente pegada al papel. Es el lado de su ojo bueno, ya que el izquierdo no existe, ni en la luz ni en la forma, a consecuencia de un desprendimiento de retina hace más de treinta años. Asombra, pues, el volumen de trabajo que desarrolla este hombre con tan importante facultad mermada. Ahora sí que se presenta como un cíclope.

Paseamos un rato. Y charlamos de lo que nos viene al paso. Corren a lo lejos los chiquillos.

—No, no me molestan en absoluto. Están «domesticados»; en cuanto me ven ir hacia la mesa de trabajo, salen corriendo y se van lo más lejos posible. Mire, aquella más alta es Elena, la que prefiero en mis paseos. Le gusta el montañismo, como a mí.

Sus aficiones

Elevo la vista a las cumbres que don Ramón visita cada día, y le hablo de su hazaña de águilas.

—Es mi afición de toda la vida. Gracias al montañismo descubrí este lugar hace setenta años y me hice aquí la casa. El paraje es hoy bello, pero entonces estaba pelado prácticamente. Venga a ver los chopos y los pinos más de cerca.

Don Ramón, que no «anda a saltitos» como ha dicho González Ruano, camina con paso largo y firme siempre delante de mí. Quiere que tras contemplar la respetable altura de los árboles, los toque y espere que lo haga, y los alabe, mientras ríe como un niño feliz con su sorpresa. Al fin estalla:

—Los he plantado yo mismo, con mi mano. Eh, ¿qué le parecen? Son mi orgullo. Tienen exactamente setenta años. Y tengo también río; venga, pasa por entre aquella alameda. Hágales una foto a los árboles y al río.

Mientras dispongo las cámaras observo cómo don Ramón no pierde movimiento. Escruta con su único ojo y tiene la boca abierta mientras sacia su interés. Por fin salta, alargando las manos:

—A ver, a ver. ¡Qué barbaridad, lo que han cambiado los tiempos! ¿Sabe que he sido muy aficionado a la fotografía? Yo mismo me ilustré el trabajo que la Academia me premió en 1893, sobre El Cid. Hice los caminos con mis cámaras. Tenía dos; un par de «Kodak» de cajón. Entonces no se ampliaba.

Luego le pido que pose él, pero no quiere hacerlo solo y llama a los bisnietos. El mismo compone el grupo; luego quiere que le haga una foto al pie de sus árboles. Después vienen más fotos. Pero la suspicacia es en él como un deporte cuyos distintos movimientos domina con la agilidad que le caracteriza en todo.

—Eh... no me enfoque por ese lado, ni tan de cerca. Sale el ojo inútil y eso no me gusta.

En otro momento me dice:

—Apunte, apunte... escriba, que luego a lo mejor sale lo que no he dicho, o lo que no he querido decir.

El humor es otra constante a la que don Ramón es fiel; y la sonrisa y la risa. Maneja la broma con facilidad y, a veces, muchas, con agudísima intención; sazona la frase con el dicho y ríe dejando ver su dentadura reforzada.

La consciencia es una virtud a la que es fiel sobre todas las cosas. El paseo o la charla se interrumpen exactamente cuando considera que el trabajo reclama ya su tiempo. Y desde cualquier parte dice «hasta luego» y corre —corre de verdad— hacia el toldillo y se enfrasca en las cuartillas.

—Me voy al «pirulí». ¿Sabe usted lo que es el «pirulí»? Explícaselo tú, Jimena.

El «pirulí» —ya lo he contado alguna otra vez— es ese artillugio sobre el que don Ramón escribe en la plazoleta: una mesa de mimbre, coronada por un toldillo que guarda en su interior un cajón donde don Ramón va resguardando los papeles del aire. El mote se lo pusieron los hijos cuando eran pequeños y le viene de que el artefacto es totalmente un puesto callejero de vender caramelos. El «pirulí», el «pirulí», y con eso se ha quedado para siempre. A don Ramón le sigue haciendo la misma gracia que le hizo por vez primera. Y la ríe cada vez que tiene ocasión de contarla.

Sí, encontré por fin al hombre, y he vuelto a hallarlo después en su casa de Chamartín que es donde la figura famosa tiene su exacto encuadre. La última vez debíamos hablar de su descubrimiento no lejano de dos manos en el *Cantar de Mio Cid*: la del poeta de San Esteban de Gormaz y la del poeta de Medinaceli... Pero pronto pudimos derivar, hacia lo humano.

Guardo, en suma, una estampa... yo diría enternecedora del hombre cuyos apellidos universales son medievalista, romanista, etc., en medida impar: la de él mismo apeada del pedestal en que por derecho propio le alza su fabulosa obra. Don Ramón —un siglo ya a la espalda— no conoce la vejez espiritual. No le ha dado tiempo su trabajo para cuajarse en ese achaque y goza, pues, de la juventud que el peso de la fama cortó en seco cuando apenas había cumplido los veintitrés años. Por eso, sí levantamos el envoltorio un poco lo encontramos a él en la energía, las aficiones, el humor y la risa. El otro don Ramón, que yo llamo mínimo para diferenciarlo del gigante ya asentado en la Historia con derecho propio. **L. de la V.**

mesa rudimentaria, en mitad del campo. Desde joven es catedrático. Trabajando sufrió un desprendimiento de retina y perdió la vista de un ojo. Ello no le impidió seguir trabajando: es un asturiano infatigable.

